



## LECTURA, LETRAS Y MAGISTERIO EN TERESA DE JESÚS

*Consuelo Flecha García*  
Universidad de Sevilla

Comienzo estas páginas acudiendo a Josefa Segovia Morón (Jaén, 1891-Madrid, 1957)<sup>1</sup>, a palabras suyas escritas en 1948 recordando uno de los consejos en el proceder de Santa Teresa de Jesús:

“Recomienda a sus hijas, con el mayor encarecimiento, que se informen bien de quiénes son los que tienen letras, pues estima que por este camino encontrarán el de la perfección”<sup>2</sup>.

Aviso con el que la entonces Directora General de la Institución Teresiana, no hacía sino evocar la referencia originaria de Pedro Poveda Castroverde (Linares, Jaén, 1874-Madrid, 1936) ofrecida a las mujeres que en 1911 empezaban a formar parte de un movimiento de profesionales católicas, enseguida aprobado como asociación laical bajo el nombre de Institución Teresiana. Propuesta que significó, desde sus inicios, la acogida como titular de la doctora abulense:

---

<sup>1</sup> Titular de la Cátedra *Mística y Laicado* del Centro Internacional Teresiano Sanjuanista de Ávila, que promueve esta publicación.

<sup>2</sup> SEGOVIA MORÓN, J. (1970) p. 279.

“Desde el principio de la Obra fue mi propósito que las teresianas estudiaran, conocieran, aprendieran y reflejaran en sus vidas el verdadero y genuino espíritu de nuestra santa madre Teresa de Jesús”<sup>3</sup>.

La resonancia alcanzada en el año 2015 por el V Centenario del nacimiento de Teresa Sánchez de Cepeda y Ahumada en tantas partes del mundo, repleto de celebraciones surgidas de la admiración hacia esta carmelita descalza, y con evidente creatividad en las iniciativas desarrolladas, ha terminado convirtiéndose para muchos miles de personas en una alentadora oportunidad de revitalizar los vínculos de relación con ella.

Entre los hilos de la trama con que esta mujer logra conquistar a cuantos se le acercan, destaco en estas líneas los siguientes: el hilo que nos sitúa ante una maestra cuya trayectoria existencial y obra literaria son guía certera en el camino hacia la propia interioridad, hacia ese “castillo todo de un diamante o muy claro cristal” (IM 1,1)<sup>4</sup> que descubrimos nos habita; el que nos acerca a una creyente de quien la Iglesia católica ha reconocido su santidad y la ha proclamado doctora por la coherencia evangélica de su vida, por el saber en temas del espíritu, por la capacidad de transmitirlo y por la autoridad moral que se le reconocía; el que nos descubre a una mujer que asumió la libertad de moverse, de relacionarse y de gestionar asuntos en los espacios públicos, en una

---

<sup>3</sup> POVEDA CASTROVERDE, P. (1929) p. 839.

<sup>4</sup> Para todos los textos de TERESA DE JESÚS se ha utilizado la siguiente edición: *Obras Completas*, Madrid, Editorial de Espiritualidad, 1984.

época donde tales comportamientos eran impropios e inadecuados en la condición femenina asignada<sup>5</sup>.

Durante el tiempo de celebración del V Centenario, e incluso antes de la apertura del mismo, los Congresos y otras reuniones de estudio, las representaciones de teatro, danza, música, exposiciones y distintas artes visuales, han llenado el calendario de espectáculos que actualizaban su memoria, la ensalzaban y la ofrecían como espejo en el que conviene seguir mirándose. Una nueva ocasión en la que se ha puesto de manifiesto cómo el dinamismo desbordante de su cuidado interior y de su quehacer exterior junto a la profundidad interpelante de su obra escrita, consiguen unos ámbitos de influencia que sobrepasan el espacio eclesial. Por ello, y por tantas razones más, no puede sorprendernos la impresionante notoriedad revalidada. Además, en las décadas anteriores a esta conmemoración, ya se habían multiplicado los trabajos difundidos sobre esta carmelita descalza -en papel y en otros soportes-, con ediciones renovadas de su biografía, comentarios puestos al día de sus obras y ensayos sobre algunos aspectos más atractivos para este siglo XXI realizados, no sólo por personas católicas sino también por quienes se definen a sí mismas como no creyentes.

---

<sup>5</sup> VIGIL, M. (1986); MAIO, R. de (1988); PORRO HERRERA, M<sup>a</sup> J. (1995); MARTÍNEZ-GÓNGORA, M. (1999) son aportaciones conocidas en la investigación sobre la condición femenina en el siglo del Renacimiento.

## 1. TIEMPOS DE DIFÍCIL LIBERTAD

¿De dónde nace esta atracción tan generalizada y plural? Quienes han investigado el itinerario personal de Santa Teresa de Jesús -innumerables aportaciones sobre su vida y su obra- apuntan a que la llamativa acogida de la experiencia humana y espiritual que relata y de la literatura creada sobre una interioridad divinamente habitada -aún en momentos como los actuales muy poco receptivos a símbolos y mensajes identificados con la Iglesia institucional-, se debe a que tuvo el acierto de ofrecer, no unos principios generales acerca de cómo vivir el cristianismo, sino el testimonio de su propia fe encarnada, palpable en cada uno de sus deseos, pensamientos, actividades y conductas.

Gana nuestra voluntad mostrándonos las ganancias de entrar en un proceso personalizado de toma de conciencia y de crecimiento espiritual y humano que consigue emocionar y seducir. Le reconocemos autoridad porque constatamos que sus orientaciones ayudan a esa autopercepción que nos impide sentirnos "*huecas en lo interior, que importa mucho*" (C 28, 10). Despierta respeto y simpatía el estilo tantas veces peculiar de sus actuaciones y la espontaneidad cargada de lógica con que opina en tiempos difíciles para la libertad. Pues, no en vano, se había consolidado la ruptura de Lutero con el Papado, era grande el temor a la influencia de Erasmo y a la heterodoxia del movimiento alumbrado, prevalecía una Inquisición poderosa, omnipresente y castigadora, la doctrina del Concilio de Trento había propiciado una vigilancia rigurosa de la ortodoxia. Con las secuelas que este tipo de censuras, explícitas

unas, implícitas otras, desencadenaban en las relaciones de confianza y de armonía en poblaciones cuya identidad venía definida y circunscrita por la religión.

Mientras, el contexto histórico en que se producía era el del humanismo renacentista triunfante, el de una sociedad dispuesta a abandonar los esquemas medievales de funcionamiento e inmersa en el acontecer de substanciales reformas económicas, intelectuales, políticas, educativas y religiosas. Dentro de éstas últimas, alcanzando especial relevancia algunos movimientos espirituales, con enfoques y prácticas devocionales que rompían la unidad jerárquica y doctrinal de la ortodoxia cristiana. Unos cambios que estaban incidiendo negativamente en la situación de las mujeres debido a las nuevas reglas de juego social emanadas de las Monarquías -al servicio de la configuración de las naciones-, y de las Iglesias -autoafirmando frente a la división provocada-, las cuales incluían y justificaban la dependencia familiar y la incapacidad jurídica de la población femenina.

En la redacción de los modernos códigos de orden social y de reglas morales a los que habían de ajustarse las actividades individuales y colectivas, se les impuso a ellas una posición subordinada en cualquiera de los estados de vida: doncella, casada, viuda o monja, dentro de un clima de mayor control de ideas y de comportamientos en cada conducta personal, y de una calculada desigualdad en las relaciones sociales entre hombres y mujeres. Se dudaba de la inteligencia femenina; se las relegaba de cualquier toma de decisiones a causa de la inestabilidad emo-

cional y la fragilidad física que se les adjudicaba; se temía su energía, su afectividad, su imaginación. Por el solo hecho de ser mujeres eran enjuiciadas como un peligro para la virtud de los hombres. En el caso de las monjas, se las apremiaba a no salir del recinto de sus conventos, a aislarse del exterior con rejas y cerrojos; y para el resto de las mujeres, el único espacio legítimo era el doméstico.

Sin embargo, paralelamente se estaban desvaneciendo en círculos de intelectuales los argumentos sobre la inferioridad intelectual de las mujeres; renombrados humanistas -Juan Luis Vives, Erasmo de Rotterdam, Antonio de Guevara y otros-, consideraban conveniente un cierto nivel de instrucción en las jóvenes, defendiéndolo en los tratados que publicaban<sup>6</sup>. Tema que había sido tratado años antes por Eiximenis, Hernando de Talavera o Fray Martín de Córdoba<sup>7</sup>. La misma Isabel la Católica había sido en Castilla precursora en este objetivo, al promover el acceso a una cultura erudita de aquellas mujeres con funciones sociales más amplias que las domésticas, como eran sus propias hijas y otras damas de la Corte, dedicando un tiempo al aprendizaje de lenguas y disciplinas clásicas. La misma reina se sumaba tam-

---

<sup>6</sup> VIVES, Juan Luis, *Instrucción de la mujer cristiana* (1523); ESTEBAN MATEO, L. (1994); ERASMO DE ROTTERDAM se refiere a la educación de la mujer en su obra *Coloquios* (1517-1530); AZCÁRATE RISTORI, I. de (1985); GUEVARA, Antonio de, en *Epístolas familiares* (1539-1542); SOMOVILLA, C. (2003)-.

<sup>7</sup> EIXIMENIS, *El libro de las mujeres* (1495); TALAVERA, Hernando de, *Cómo se ha de ordenar el tiempo* (1496) o CÓRDOBA, Fray Martín de, *El jardín de las nobles doncellas* (1500).

bién a recibir las lecciones que impartían para ellas afamados preceptores, entre los que se encontraba la latinista Beatriz Galindo (Salamanca, 1465-Madrid, 1535)<sup>8</sup>. Y emulando, sin duda, la iniciativa real, se iba haciendo frecuente en las casas de hidalgos y en los palacios señoriales, iniciar a las jóvenes de la familia en la lectura -no siempre en la escritura- y en algunos otros aprendizajes. La utilización de la imprenta en occidente había acercado los libros a nuevos grupos que podían comprarlos favoreciendo así la llegada de más mujeres a la cultura escrita. Conocimientos que hasta entonces habían sido adquiridos casi únicamente por las que entraban en los monasterios, y sólo en la medida de su necesidad para el desempeño correcto de las funciones específicas de la opción de vida elegida<sup>9</sup>.

Como fruto de una acusada evolución de la mentalidad y cambio de comportamientos en aquel siglo de audacias renacentistas, de apertura a otros valores, de enaltecimiento de la individualidad, comenzó a incorporarse al patrimonio personal de algunos grupos de mujeres, si bien todavía muy minoritarios, cierto nivel de cultura erudita; y vinculados a ella, concibieron para sí mismas renovados mode-

---

<sup>8</sup> Humanista y profesora de letras latinas, fue una de las mujeres más cultas de su época. Creció observando el ambiente humanista de la universidad salmantina y cultivando el deseo de conocer la lengua y cultura latina. El dominio adquirido en este saber la hizo ganarse el reconocimiento de sus contemporáneos y el sobrenombre de *La Latina*, el cual pasó a ser el del barrio madrileño en el que vivió. SEGURA GRAÍÑO, C. (2011) pp. 293-304.

<sup>9</sup> SEGURA GRAÍÑO, C. (2007) pp. 65-83.

los de perfección espiritual.

## 2. PRIMERA FORMACIÓN DE TERESA SÁNCHEZ DE CEPEDA Y AHUMADA

En el marco de un ambiente humanista con expectativas culturales crecientes, Teresa de Jesús pertenece al círculo de personas, singulares en el primer tercio del siglo XVI, que en la infancia fueron iniciadas - apenas un uno por ciento-, en los instrumentos básicos de aprendizaje, "leer, escribir y contar", recursos *imprescindibles* para adquirir después otros conocimientos. En el caso de Teresa, sin la ayuda de una enseñanza sistemática de maestro, pues no existen testimonios de que acudiera a una escuela de primeras letras, ni tampoco de que hubiera preceptor en su familia. La extensa obra escrita no incluye ningún comentario acerca de quién le inició en estas destrezas alfabetizadoras, pero sí nos dice en cambio el uso que hizo de ellas desde muy pronto. Las biografías siempre han afirmado que debió ser su madre la que se encargó de esta enseñanza; pero también pudo haberse encargado su hermana mayor o algún otro hermano.

Ocho años después del nacimiento de Teresa publicaría Juan Luis Vives (Valencia, 1492-Brujas, 1540) sobre este asunto en *De Institutione feminae christianae*<sup>10</sup>, destacando la importancia de la madre

---

<sup>10</sup> Luis Vives terminó de escribir este tratado en 1523, publicándose en Amberes en 1524. La edición en castellano se edita en Valencia en 1528 con el título de *Libro llamado instrucción de la mujer cristiana*.

en tales aprendizajes:

“Si la madre conociera las letras, enséñelas ella personalmente a sus hijos pequeños, para que en una misma persona tengan a la madre, la nodriza y la maestra, y la amen más y aprendan con mayor rapidez, ayudando el amor hacia la que les enseña”<sup>11</sup>.

Una recomendación fruto, muy probablemente, de lo que este pedagogo humanista había observado en el hacer de algunas mujeres con sus hijos e hijas y que, en dicho tratado, dedicado a la reina Catalina de Aragón que educaba a su hija María Tudor, y de la que él sería nombrado después preceptor, decidió sugerirle a esa madre y a otras mujeres.

Teresa, sobre la base de lo recibido en la infancia, irá ensanchando su formación a lo largo de la vida en las circunstancias que le fueron saliendo al paso, en las cotidianas y en las extraordinarias. La estancia como educanda en el Convento de Agustinas de Santa María de Gracia fue otra etapa de aprendizaje cuando tenía dieciséis años, dentro de una costumbre de la época para hijas de familias distinguidas, que su padre vio la conveniencia de aprovechar. Ilustra este hecho, no sólo su testimonio en el *Libro de la Vida* (2,6-3,2), sino una representación de Teresa incluida en el retablo de la Iglesia de Santa María de Gracia, pasando las páginas de un libro que sostiene María Briceño, la monja encargada en ese Convento del grupo de educandas<sup>12</sup>.

En distintos momentos evoca sus primeras lec-

---

<sup>11</sup> VIVES, J.L. (1523) cap. IX, nº 4.

<sup>12</sup> PINILLA MARTÍN, M<sup>a</sup> J. (2013) pp. 670-671.

turas juveniles recordando que “era tan en extremo lo que en esto [libros de caballerías] me embecía que, si no tenía libro nuevo, no me parece tenía contento” (V 2,1); dos capítulos más adelante añade: “lo más gustaba en leer buenos libros, que era toda mi recreación” (V 4,7); y poco después insiste en que “siempre fui amiga de letras” (V 5,3). Afirmaciones acompañadas de comentarios frecuentes sobre su pesar por la escasa instrucción: “*no tenemos letras las mujeres*” (C 28,10), impedimento limitador del que se duele ante las monjas de su peleado y querido Convento de San José de Ávila. Eran conocimientos que deseaba para ella misma y para otras muchas mujeres, apoyada en la poderosa convicción de su necesidad: “para hartas cosas eran menester letras” (V 14,6). De ahí que, cuando le hablan de una joven “muy lectora”, dispuesta a entrar en uno de los conventos, pero que únicamente dispone de “doscientos ducados”, Teresa responda: “más la quiero, que traer monjas tontas” (Cta. 8, 28). Prueba de que valoraba en las aspirantes que pretendían vivir el espíritu del Carmelo reformado, la cultura e inquietud intelectual por encima de los bienes económicos que debían aportar para el sustento y sostenimiento de los conventos.

En la autobiografía escrita en 1562 y en 1565, de cuya lectura tanto disfrutamos, proporciona al menos dos datos sobre las fuentes originarias de su formación letrada: el que con seis o siete años leía ya en compañía de su hermano Rodrigo vidas de santos en el *Flos Sanctorum*: “Juntábamos entrambos a leer vidas de santos” (Vida, I, 5), donde veían modelos de virtudes a imitar; y que se entretenía con

abultados libros de caballerías con apenas doce años. Esta segunda, una literatura muy poco recomendable para las mujeres, motivo que les hacía complicado el acceso a alguno de los ejemplares, además de ser un género novelesco desacreditado entre quienes se movían en ambientes y pretensiones de cultura erudita, y por parte de los moralistas, en lo que significaba de lectura de evasión. Se criticaba que en los relatos de estas obras se pusieran en entredicho las normas morales vigentes, que distrajeran con fantasías frívolas, que no ocasionaban ningún beneficio a quienes dedicaban tiempo a leerlas. Pero en casa de Teresa se habían elegido las mejores novelas<sup>13</sup>; por ejemplo, el *Amadís de Gaula* del siglo XIV<sup>14</sup>, leído por muchos personajes relevantes, como la misma reina Isabel la Católica, el rey Carlos V, el fundador Ignacio de Loyola o, ya reinando Felipe II, el escritor Miguel de Cervantes<sup>15</sup>.

El nivel de alfabetización y los hábitos lectores adquiridos hicieron a Teresa muy diferente de la mayor parte de las niñas y adolescentes de su época,

---

<sup>13</sup> BATAILLON, M. (1964) pp. 21-23.

<sup>14</sup> Seguramente el ejemplar utilizado en la familia de Teresa era la revisión del *Amadís primitivo*, realizada por el escritor Garci Rodríguez Montalvo en 1508 (RODRÍGUEZ MONTALVO, G. (2015), con un carácter más moralizante y didáctico pensando, quizás, en las mujeres lectoras, pues “recurre a unos personajes femeninos que responden al ideario medieval de buena dama y doncella”. BETETA MARTÍN, Yolanda (2011): “De las lecturas piadosas a los libros de caballerías. La falacia de la trasgresión literaria y su influencia en la construcción de la subjetividad femenina”, en SEGURA GRAIÑO, C. pp. 66-67.

<sup>15</sup> LUCÍA MEGÍAS, J. M. (2008) pp. 103-105.

pues sembraron en su ánimo sueños de grandes hazañas; una actitud que era encomiable sólo en los chicos. Sin embargo, ella tuvo ocasión muy pronto de demostrarla cuando, en su niñez, decidió escaparse de casa con su hermano Rodrigo, seguramente como la única forma que encontró para llevar a la práctica el espíritu de aventura caballeresca de la época, en el que entraba luchar por causas nobles; en su motivación concreta, para ganar el cielo ante el miedo de merecer más tarde el infierno. Rodrigo, que aún siendo mayor que ella aceptó la ocurrencia quimérica, al regresar a casa se disculpó ante el enfado familiar indicando que el plan de huída había nacido de Teresa<sup>16</sup>; y podemos creer con poco margen de duda que decía la verdad. Unos años después, en la adolescencia, prefirió compartir el tiempo de juegos y de conversaciones con sus primos, y alguna prima con mayor experiencia de mundo. Ya de adulta, parecía atraerle más el escenario de oportunidades en el que se desenvolvían los hombres que los espacios reducidos brindados a las mujeres.

Se consideraba llamada a empresas nobles, y las realizaciones logradas nunca se caracterizaron por la mediocridad; destacó invariablemente como una monja luchadora hasta obtener lo que entendía mejor. Sus actividades la convirtieron en una personalidad y en una interlocutora que despertó enseguida el interés por conocerla y tratarla; en unos casos debido a la admiración que despertaba, en otros, para disipar o confirmar el temor a una influencia no del todo ortodoxa.

---

<sup>16</sup> PÉREZ, J. (2007) cf. p. 36.

### 3. LECTURAS QUE CAMBIAN LA VIDA

Como ávida lectora llena de intereses aprendió mucho en los libros, los cuales fueron sembrando, por la influencia que ejercen en la configuración de la identidad, nociones y modelos en el imaginario de Teresa que desarrollaron su fecunda subjetividad. En una carta a Fray Pedro de Alcántara le comentaba su afición por los libros: “Siempre tengo deseo de tener tiempo para leer, porque a esto he sido muy aficionada” (CC 1, 11). Costumbre adquirida en su familia, con un padre entregado a buenas lecturas y a cultivar en sus doce hijos el gusto por el alimento espiritual que los libros proporcionaban: “*Era mi padre aficionado a leer buenos libros, y así los tenía de romance para que leyesen sus hijos estos*” (V 1,1); de él heredó Teresa una certeza indiscutible en los beneficios que aportaba vivir con una piedad ilustrada. Tenía una madre ocupada diariamente de igual modo en la lectura de buenos libros, junto a otros menos aconsejables que decidía ocultar a la mirada de su marido. Si quizás este disimulo llegó a conseguirlo, no fue así en el caso de su hija Teresa que rebuscaba en el arca donde observaba los escondía su madre, para leerlos casi siempre protegida por la deshora nocturna, en un acto de desobediencia trasgresora a la norma paterna: “De esto le pesaba mucho a mi padre que se había de tener aviso de que no lo viese” (V 2,1).

En la biblioteca familiar se habituó a ver, y seguramente pronto a ojear algunos párrafos de tratados que alimentaban la piedad y la moral: el *Retablo*

*de la vida de Cristo*, del cartujo Juan de Padilla (1468-1520); las poesías religiosas y *Las Setecientas o Diversas virtudes e loores cristianos* de Fernán Pérez de Guzmán (1376-1460), un *Tratado sobre la Misa* y de Juan de Mena (1411-1456) las *Coplas de los siete pecados mortales*. La Biblia, no; era una prueba peligrosa en un hogar con pasado judío. Ella no conocería aún ese pasado familiar y desde luego le hubiera gustado alguna vez acudir a la fuente y a la narración completa de los pasajes del antiguo y del nuevo testamento glosados en dichas obras. Acerca de este libro sagrado se cuenta que, estando de priora, rechazó a una joven candidata a la vida conventual que le propuso llevar una Biblia entre sus pertenencias. La tradición pone en boca de Teresa de Jesús -no puede asegurarse su veracidad- la siguiente reacción: “¿Biblia, hija? No vengáis acá, que no tenemos necesidad de vos ni de vuestra Biblia, que somos mujeres ignorantes y no sabemos más que hilar y hacer lo que nos mandan”<sup>17</sup>. ¿Conocía ya Teresa en ese tiempo de dónde descendía su familia y se asusta de las repercusiones que ese consentimiento pudiera tener para ella misma, para los suyos y para el convento? ¿Exagera sobre la ignorancia y obediencia femeninas enfatizando lo que se esperaba que fueran e hicieran las monjas? Verdadero o no este hecho refleja, junto al ambiente general, el particular que rodeaba a las mujeres y la cautela con que se veían obligadas a conducirse en cualquiera de sus movimientos.

Teresa tuvo que acostumbrarse a utilizar exclu-

---

<sup>17</sup> YEPES, D. de (1847) p. 194.

sivamente los textos seleccionados de los Evangelios y de las Epístolas contenidos en los libros litúrgicos y algunas otras adaptaciones difundidas en los de devoción; aunque sí pudo tener acceso a algún libro más completo de la Biblia, como el *Cantar de los Cantares* que Fray Luis de León (1528-1591) había traducido a la lengua romance. Sometida a limitaciones en la disponibilidad de las fuentes originales se lamenta, con frecuencia de “*No tener un amplio y profundo conocimiento bíblico*”<sup>18</sup>. Así, en *Moradas* exclama: “*¡Y quién supiera las muchas cosas de la Escritura!*” (M 7 3,13).

Además también tuvo a su alcance en la biblioteca familiar literatura castellana: de Juan de Mena, *La Coronación y Las Trescientas o El Laberinto de la Fortuna*; una crónica novelada del siglo XIV sobre las Cruzadas con el título de *La Gran Conquista de Ultramar*; obras de autores latinos: de Cicerón *De officiis et De senectute*, de Virgilio *La Bucólica*, de Séneca *Los Cinco Libros e Proverbios* y de Boecio *La Consolación*. Obras todas traducidas a lengua romance<sup>19</sup>, con la finalidad que señalaba en la explicación ya citada: “*para que leyesen sus hijos estos*” (V 1,1).

En casa de su tío Pedro Sánchez de Cepeda, en la aldea de Ortigosa, pudo igualmente enterarse de que “*su ejercicio era buenos libros de romance*” (V 3,4). La sobrina visitante fue requerida para auxiliarse en la lectura, lo que aceptó sin demasiado gusto

---

<sup>18</sup> GARCÍA DE LA CONCHA, V. (1978) p. 80.

<sup>19</sup> RODRÍGUEZ SAN PEDRO BEZARES, L. E. (1987) pp. 169-188.

según comentaría en la autobiografía: "*Hacíame le leyese, y aunque no era amiga de ellos, mostraba que sí*" (V 3,4). Durante la temporada que Teresa permanece en esta casa -una salida por enfermedad del pensionado en el Convento de Santa María de Gracia-, su tío le ofrece *Las Cartas* de San Jerónimo (Dalmacia, 340-Palestina, 420). Un legado de orientaciones que este teólogo de los primeros siglos del cristianismo dirigió a las madres de niñas, y a las jóvenes, que se preparaban para ingresar en los monasterios femeninos creados en el paso de los siglos IV al V: "Dióme la vida haber quedado ya amiga de buenos libros. Leía las Epístolas de San Jerónimo" (Vida 3,7). Recomendaciones en las que Teresa empieza a vislumbrar un camino distinto al pensado para dar sentido a su vida, aunque soportando la contradicción de que no le atraían nada los conventos, de que "estaba entonces ya enemiguísima de ser monja" (V 2,8); afirmación ésta, reveladora de no ser la primera ocasión que había considerado y descartado semejante alternativa. Pero igualmente la intranquilizaba la disyuntiva del matrimonio, como confiesa en el capítulo siguiente del *Libro de la Vida*: "Aunque también temía el casarme" (V 3, 2). Son confidencias en las que deja ver mucho de su incertidumbre ante lo que presentía del acontecer cotidiano dentro de cada una de esas dos opciones.

De ahí que la decisión de entrar en la Encarnación se la planteara como un mal menor. Una de sus biógrafas y admiradoras, la hispanista Marcelle Auclair (Francia, 1899-1983), interpreta que Teresa "se entregó a su celestial Esposo en un matrimonio de

conveniencia”<sup>20</sup>; no había suficiente amor -era lo habitual en los casamientos de aquella época-, y se acoge, en parte, al modo entonces habitual entre las personas casaderas de su clase social, de matrimonio acordado entre dos familias en aras de algún beneficio o ventaja recíproca. A ella le arrastró un impulso interior -con el señuelo de una amiga monja-, buscando una vez más la ganancia de la salvación eterna.

En una segunda visita a la casa del tío de Ortigosa, leerá el *Tercer Abecedario* del franciscano Francisco de Osuna (Osuna, Sevilla, 1492-1540), libro en el que descubre pautas para entrar en una oración, la de recogimiento, que le cambiará básicamente la forma de entender y de cultivar la cercanía con Dios. Más tarde será la autobiografía de San Agustín (Argelia, 354-430), las *Confesiones*, las que le producen un especial impacto al sentirse personalmente involucrada en algunas de las vivencias narradas en aquellas páginas:

“Parece me veía yo allí [...] Cuando llegué a su conversión y leí cómo oyó aquella voz en el huerto, no me parece sino que el Señor me la dio a mí, según sintió mi corazón”. (V 9, 8).

Interacciona con el texto como con elocuente interlocutor que alumbrara para ella la realidad expresada en las palabras escritas.

En la lectura de *La subida del Monte Sión*, del franciscano Fray Bernardino de Laredo (Sevilla,

---

<sup>20</sup> AUCLAIR, M. (2001<sup>13</sup>) p. 58. Termina con esta afirmación el capítulo IV titulado “Un matrimonio de conveniencia”.

1482-1540), esta monja abulense se descubre reflejada como en un espejo, en las comparaciones y alegorías que ese maestro espiritual detalla, aprovechándolas para dar cuenta a quienes le preguntaban sobre su oración y vivencias místicas. Para mayor facilidad en esa comunicación utilizó el sistema de subrayado, de seleccionar y destacar en el libro los pasajes que describían lo mismo que ella estaba experimentando en su vida de oración: “Señalé con unas rayas las partes que eran” (V 23,12). Conoce también los *Tratados morales sobre el libro de Job* de San Gregorio Magno (Roma, 540-604), o *El arte de servir a Dios*, de nuevo de un autor franciscano, Alonso de Madrid (1485-1570) “que a ella le enseñó, sobre todo, el arte de la introspección psicológica”<sup>21</sup>, de gran utilidad en las relaciones tan diversas y plurales que estableció, en los múltiples trámites de cuya gestión era responsable, y en la extensa tarea de magisterio ejercida.

Gracias a la constante dedicación a la lectura, tanto a la realizada “escondida de mi padre” (V 2,1) como a todas las demás -de literatura terrenal y del espíritu, de entretenimiento y devota, de autores antiguos y modernos-, que alumbraban equivalencias con su propia experiencia, descubrimientos que le abren ventanas e identificaciones tranquilizadoras, fue consiguiendo una cultura nada común en la mayoría de las mujeres del siglo XVI. Gusto por el conocimiento espiritual y humano que mantuvo a lo largo de la vida procurando, según sus palabras: “apartarme muchas veces a soledad a rezar y a leer”

---

<sup>21</sup> GARCÍA DE LA CONCHA, V. (1978) p. 78.

(V 7,2). Una de las declaraciones en el proceso de beatificación confirma esta frecuencia lectora: “El tiempo que no gastaba nuestra santa Madre en oración y cosas forzosas, lo pasaba en lección”<sup>22</sup>.

Consciente de los beneficios que producía dicha actitud mental, fomentó entre las monjas de sus conventos la afición a los libros y se preocupó, por tanto, de que supieran leer. Así lo ha ilustrado la pintora carmelita Isabel Guerra al conmemorar en 1988 el cuarto centenario de la fundación del Convento de Carmelitas Descalzas de San José de Zaragoza en el que ella vive; como recuerdo y testimonio de esa fecha, eligió precisamente recrear una escena en la que Teresa de Jesús enseña a leer a Isabel de Santo Domingo, la primera priora de este Convento aragonés<sup>23</sup>.

Y en las *Constituciones de las Carmelitas* que redacta, no se olvida de señalar el listado de las obras que debía contener la biblioteca de todos los conventos reformados. Algunos de los títulos incluidos son los mismos que Teresa había leído y releído produciéndole mucho bien: la *Vida de Cristo* de Ludolfo de Sajonia (Alemania, 1300-Francia, 1378), el Cartujano, escrita en el siglo XIV y traducida al castellano por encargo de la reina Isabel de Castilla; el

---

<sup>22</sup> BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES (1862) p. 394. La declarante, María de San Francisco, continúa la frase: “y los libros, que especialmente leía, eran las Morales de San Gregorio, y las obras del Cartujano, y el Abecedario de Osuna en la Subida del Monte, en las obras del Padre Fray Luis de Granada, *Arte de servir a Dios*, y *Contemptus mundi* y las vidas de los santos”.

<sup>23</sup> PINILLA MARTÍN, M<sup>a</sup> J. (2013) p. 693.

*Flos Sanctorum* (Florilegio de la vida de los santos), la *Imitación de Cristo o Contemptus Mundi* de Thomas de Kempis (1380-1471), las obras de Fray Luis de Granada (1504-1588) *El libro de la oración y meditación*, y la *Guía de pecadores*, y las de San Pedro de Alcántara (1499-1562). Libros que entiendo indispensables para alimentar el alma de sus monjas y, por extensión, la de cualquier cristiano:

“Tenga cuenta la priora con que haya buenos libros, en especial *Cartujanos*, *Flos Sanctorum*, *Contemptus Mundi*, *Oratorio de Religiosos*, los de fray Luis de Granada, y del padre fray Pedro de Alcántara; porque es en parte tan necesario este mantenimiento para el alma, como el comer para el cuerpo<sup>24</sup>.

Presenta la lectura como alimento del que no se puede prescindir para que tenga aliento el alma, como no podemos prescindir y procurarla para que tenga vida el cuerpo; una dedicación que en ella se había convertido en una necesidad de su inteligencia y de su espíritu.

Así se entiende en toda su intensidad el especial sufrimiento que le produjo separarse de los libros que pasaron a estar prohibidos siendo Inquisidor general Fernando de Valdés y Salas (Asturias, 1487-Madrid, 1568). En el *Libro de la Vida* expone que

“Cuando me quitaron muchos libros de romance, que no se leyesen, yo sentí mucho, porque algunos me daba recreación leerlos y yo no

---

<sup>24</sup> *Constituciones que la Madre Teresa de Jesús dio a las Carmelitas Descalzas*, 8.

podía ya, por dejarlos en latín. Me dijo el Señor. No tengas pena, que Yo te daré libro vivo" (V 26,5).

Para Teresa resultó muy costoso tener que desprenderse de los que la Inquisición introdujo en el *Índice de libros prohibidos* a partir del año 1559, por tratarse precisamente de los escritos en lengua romance. Con esta medida, a quienes no supieran latín, la mayoría de creyentes, se les privó de una gran cantidad de lecturas con que cultivaban y sostenían su fe. Únicamente quedaban autorizadas las ediciones en latín y Teresa no había aprendido esa lengua; aunque no dejara de utilizarla reproduciendo en sus obras citas latinas, con el resultado de cometer muchos errores. Obligada a prescindir de las fuentes exteriores para instruirse, se sabe convocada a refugiarse en las interiores, en el "libro vivo" que se le ha dado. Es ésta precisamente la etapa -coincide con las dos últimas décadas de su vida- en que escribe sus grandes obras<sup>25</sup>. Hasta entonces había leído mucho y había ido reelaborando lo aprendido en el contraste con la experiencia propia, también con la ajena y con los letrados. Ahora estaba ya preparada para dar cuenta de sí misma a quienes se lo solicitaban, y mostrar un camino del que se había convertido en acreditada maestra.

---

<sup>25</sup> De 1560 a 1582 escribe: *Cuentas de Conciencia* (1560). *Libro de la Vida* (1562/1564-65). *Camino de Perfección* (1566/1566-1567). *Meditaciones sobre los Cantares* (1566/1572-1575). *Exclamaciones del alma a Dios* (1569). *Fundaciones* (1573-1582). *Moradas* (1577).

#### 4. OTRAS FUENTES DE SU SABER

Pero no es sensato deducir que las fuentes culturales de Teresa fueron solo librescas. Ni en ella ni en otras personas, sobre todo en aquella época, la cultura adquirida era fruto de los libros a cuya lectura se tenía acceso. Han de considerarse otros yacimientos de su saber, entre los que enumero algunos, al menos. Demostró su acierto, por ejemplo, al acudir y aprovechar el contenido de los sermones pronunciados en las celebraciones litúrgicas, con una escucha atenta de lo que se predicaba, incluso cuando no resultaba atinado:

“Casi nunca me parecía tan mal sermón, que no le oyese de buena gana, aunque, al dicho de los que le oían, no predicase bien. Si era bueno, érame muy particular recreación. De hablar de Dios u oír de Él casi nunca me cansaba, y esto después que comencé oración...” (V 8,12);

es decir, después de que la relación probada con Dios le había despertado el ansia de conocerle mejor.

Su mirada a muchos de los predicadores era habitualmente de valoración: “Tienen mucho seso los que los predicán” (V 16,7), y de memoria agradecida: “Me acuerdo oír a un religioso un sermón harto admirable” (MC 1,5). Interpretaba estos comentarios teológicos como cauces a través de los que hablaba Dios, lo mismo que hacían los libros y las lecciones:

“Dios llama por ellos: con palabras que oyen a gente buena o sermones o con lo que leen en buenos libros y cosas muchas que habéis oído por donde llama Dios” (2M 1,3); y consideraba

que estas “buenas lecciones y sermones” (5M 2,3)

eran oportunidades para obtener los remedios que se necesitasen.

Además Teresa aprendía acogiendo y asimilando las tradiciones y enseñanzas heredadas de su Orden centenaria, el Carmelo. Participando con curiosidad y solicitud en las frecuentes y pausadas conversaciones que mantenía en el locutorio y en otras oportunidades de intercambio. Con la reflexión, el análisis y las resonancias, de los consejos y orientaciones recibidas de sus confesores y directores espirituales, los cuales elegía letrados, para mayor garantía y aprovechamiento. Igualmente se beneficiaba de los encuentros en sus visitas a los distintos conventos y en sus viajes por la península, intercambiando con personas informadas que le transmitían noticias, libros de interés, cuestiones de actualidad o los temas a debate en diferentes círculos. De esta manera “Teresa conoció a representantes de la mayoría de las órdenes religiosas: franciscanos, dominicos, cartujos, carmelitas, jesuitas”<sup>26</sup>. Ante cualquier coyuntura que exigía saber y discernimiento, su aspiración era consultar con letrado: “Mucho valiera aquí poder hablar con quien supiera filosofía” (C 19,3), lo que procuraba y era capaz de conseguir. Entre ellos encontramos a Jerónimo Gracián y Juan de la Cruz, a Gaspar Daza y Fray Pedro de Alcántara, a Fray Luis de Granada y Juan de Ávila, a Francisco de Borja y Vicente Varrón, a Jerónimo Ripalda y Domingo Báñez, a Pedro Ibáñez y

---

<sup>26</sup> PÉREZ, J. (2007) p. 159.

Bartolomé de Medina, y a muchos más<sup>27</sup>.

Hasta de los juegos con que se entretuvo en la adolescencia acertaba a sacar enseñanzas para la vida espiritual. El ajedrez ocupaba el tiempo de ocio de algunos grupos sociales en el siglo XVI; Teresa participó de esa costumbre. Como lo había ejercitado con habilidad y con agrado en su familia, recordaba muy bien los secretos de los movimientos de las piezas. En *Camino de Perfección* se disculpa por recurrir al ejemplo de un juego no practicado en los conventos, pero lo aprovecha para que sus lectoras, las monjas de San José de Ávila, entendieran la importancia de averiguar cómo dar jaque mate al Rey divino:

“Creed que quien no sabe concertar las piezas en el juego de ajedrez, que sabrá mal jugar, y si no sabe dar jaque, no sabrá dar mate. Así me habéis de reprender porque hablo en cosa de juego, no le habiendo en esta casa ni habiéndole de haber. Aquí veréis la madre que os dio Dios, que hasta esta vanidad sabía; mas dicen que es lícito algunas veces. Y cuán lícito será para nosotras esta manera de jugar, y cuán presto, si mucho lo usamos, daremos mate a este Rey divino, que no se nos podrá ir de las manos ni querrá. La dama es la que más guerra le puede hacer en este juego, y todas las otras piezas ayudan. No hay dama que así le haga rendir como la humildad”. (C 16, 1-4)

Y otro cauce valioso de aprendizaje fue mantenerse siempre vigilante, atenta, incluso expectante, ante cuanto sucedía; estaba pendiente de aconteci-

---

<sup>27</sup> Ibidem, pp. 157-172.

mientos y noticias, bien de su entorno, bien de las que llegaban de lejos. Escuchaba, asimilaba y lo transfería a las distintas realidades que centraban su atención y la ocupaban, siempre de finalidad o trasfondo espiritual. De ahí que, en opinión de cuantos la conocían, resultara precisa, concreta, aguda y experta en los terrenos que pisaba.

Ante cada situación, vivida o imaginada como alcanzable, preguntaba a hombres y a mujeres de experiencia o de saber, se informaba, deducía, planificaba el procedimiento y descubría la solución eficaz. Razones por las que reunió tantos conocimientos que le fueron muy útiles en la trayectoria vital que quiso para sí misma, que animó a seguir a sus monjas, y que ofreció a las personas con quienes se relacionaba. Como mediaciones eficaces tuvo a su alcance las lecturas, las observaciones, el reconocimiento a maestros, las conversaciones, los viajes y la experiencia; todas ellas le permitieron suplir la ausencia de las enseñanzas regladas impartidas en escuelas y universidades.

## **5. PLUMAS DE GANSO Y BUENA TINTA**

Teresa de Jesús nos demuestra en sus obras que tenía gran facilidad para escribir, que era una literata brillante, pues “escribe en medio de múltiples ocupaciones y a vuela pluma”<sup>28</sup>, lo cual no significa que le brotara espontáneamente ese dominio de la técnica del relato. Víctor García de la Concha apunta que

---

<sup>28</sup> GARCÍA DE LA CONCHA, V. (2015) p. 22.

“no se hizo escritora en un día”<sup>29</sup>. Poner las palabras justas a conceptos y a experiencias exige siempre esfuerzo intelectual, voluntad sostenida ante el soporte en que se van a plasmar, dominio del vocabulario específico, interés por comunicarse. La santa abulense fue creciendo en esas aptitudes mediante la constancia en las lecturas, en las comunicaciones con confesores y otros letrados, en sus reflexiones personales, en la confianza en sus percepciones y sentimientos. Con “ojos henchidos de inteligencia y de voluntad” la imaginaba Azorín<sup>30</sup>. En cualquiera de los lugares donde se encontrara estaba dispuesta a rellenar algún folio, al margen de las gestiones que la ocuparan o del breve tiempo disponible. Pero habían de reunirse dos condiciones: disponer de buenas plumas de ganso, que para ella eran las de Ávila<sup>31</sup> y utilizar, a ser posible, tinta de buena calidad: “Harto he puesto en que sea buena la tinta” (Cta 2,22), comenta en una carta del año 1561 a su hermano Lorenzo.

Disfrutaba del gusto por la palabra expresada, aunque nos diga una y otra vez que lo hacía por obediencia: “Esta relación que mis confesores me mandan” (V Pról, 2); enunciado que continua entre paréntesis añadiendo otro motivo, quizás para demostrar que no lo hacía simplemente por resignación ante un mandato externo: “(y aun el Señor sé yo lo quiere muchos días ha, sino que yo no me he atrevido)” (V Pról, 2). Era además un fruto más sistemati-

---

<sup>29</sup> *Ibidem*, p. 11.

<sup>30</sup> AZORÍN (1930) p. 3.

<sup>31</sup> O'BRIEN, K. (2014) p. 83.

zado, y con audiencia colectiva, del empeño personal por comunicarse practicado en las miles de cartas que se estima salieron de su pluma<sup>32</sup>. De hecho ya en su etapa familiar, fascinada por los libros de caballerías, parece escribió uno, junto a su hermano, con el título de *El caballero de Ávila*.<sup>33</sup> Pero subrayar su obediencia a las autoridades eclesiásticas que se lo requerían, era una forma estratégica de situarse con la finalidad de obtener el beneplácito a esa dedicación a la escritura, no bien vista en las mujeres; un gesto de docilidad que, por el hecho de producirse, “la defiende de las acusaciones de mujer pretenciosa y sabihonda”<sup>34</sup>. Aludiendo una y otra vez al encargo que había promovido sus obras, se redimía del castigo de transgresión al mismo tiempo que se otorgaba la licencia del derecho a decir una palabra pública siendo mujer, con el riesgo de ser interpretada como actitud de rebeldía.

Sin duda disponemos de suficientes pruebas para deducir que “era una persona expresiva y particularmente dotada para la expresión”<sup>35</sup>; con una espontánea disponibilidad para el intercambio, para la comunicación, para la reciprocidad. Erudita, a su nivel, rápida en respuestas acertadas, sugerente en las preguntas, captaba la atención de quienes la escuchaban, atrayendo hacia sí el interés en las con-

---

<sup>32</sup> Sólo se conservan unas 500 de las más de 10.000 que se calcula escribió.

<sup>33</sup> Uno de sus primeros biógrafos, Francisco de Ribera, así lo señala en *La vida de la Madre Teresa de Jesús* publicada en 1590 en Salamanca por Pedro Lasso.

<sup>34</sup> GARCÍA DE LA CONCHA, V. (2015) p. 10.

<sup>35</sup> O'BRIEN, K. (2014) p. 19.

versaciones; desde la infancia venía demostrando su capacidad de convencimiento. Y cuando escribe, pone de manifiesto este don en el tiempo que destina, en los medios utilizados, en el dinamismo y exactitud de las palabras con que trasmite sentimientos y vivencias propias y ajenas, en las atinadas enseñanzas que deducía de esas experiencias, en el conjunto de la personalidad que proyectaba.

Tenía la pericia de lograr un efecto de ambivalencia calculada en las frases donde era menester disimular diciendo lo que no pensaba. Me refiero a la retórica de la inferioridad y subordinación femenina que se esperaba aceptaran todas las mujeres, de la *retórica de la feminidad* sobre la que escribió Alison Weber<sup>36</sup>; un recurso dialéctico que ella manejaba con soltura, porque cuanto más cultas fueran y lo parecieran, más tenían que hacerse perdonar por mostrarlo. Teresa alcanzó mucha destreza en el uso de esta estrategia. No hemos de creer, en su literalidad, los enunciados en que finge ser una ignorante, o cuando parece aconsejar a las monjas que no adquieran ciencia. La maestría acumulada le avisaba que no era recomendable en una mujer parecer sabia. A ella, incluso le venía bien manifestarse ignorante en las cuestiones tratadas, precisamente para que se le escuchara con menos temor al no situarse como competencia entre iguales; y, en consecuencia, para que sus opiniones fueran atendidas con mayor garantía de convencer. Lo exponía sin ningún tipo de disimulo afirmando, por ejemplo en *Fundaciones*: “Estamos en un mundo que es menester pensar lo

---

<sup>36</sup> WEBER, A. (1990).

que pueden pensar de nosotros, para que hagan efecto nuestras palabras” (F 8,7). O también cuando comentaba que, en ocasiones, la prudencia mandaba fingir humildad. El buen concepto que conservaba de sí misma le permitía declararse débil por ser mujer sin sombra de menoscabo personal, aunque algunas de sus biógrafas no le perdonan esta postura de disimulo ambivalente: “Nunca he justificado sus pleitesías de “pobre mujercita”<sup>37</sup>, declaró la irlandesa Kate O’Brien.

## 6. LETRADOS Y/O ESPIRITUALES

Teresa de Ávila admiraba, incluso envidiaba, a los clérigos que habían ido a las universidades pues para ella, el formarse, el aprender, el conocer, eran medios que ayudaban a protegerse de una espiritualidad sin consistencia; en palabras suyas, “De devociones a bobas nos libre Dios” (V 13,16). De ahí que no abandonara nunca el objetivo de cultivarse amparada en las lecturas como sus mejores maestras, mientras las tuvo disponibles en lengua vernácula. No estaba dispuesta a confundir, y a que se confundieran, “arrobamientos con abobamientos, ascesis con ma-soquismo, humildad con menosprecio de uno mismo”<sup>38</sup>, introspección con aislamiento, seriedad con encapotamiento, perfección con cumplimento.

Cuando habla de letras o de letrados, la referencia a la que apunta es al conocimiento que se adquiriría en las universidades; a quienes sabían latín,

---

<sup>37</sup> *Ibidem*, p. 64.

<sup>38</sup> PÉREZ, J. (2007) contraportada.

la lengua de la cultura entonces, sin cuyo dominio era difícil tener acceso a un saber erudito ya que la mayoría de los libros de las diferentes ciencias estaban escritos en esa lengua. Y Teresa estaba convencida de la importancia de la instrucción: "Siempre fui amiga de letras" (V 5,3), subrayando varios capítulos después: "Es gran cosa letras, porque éstas nos enseñan a los que poco sabemos, y nos dan luz" (V 13,16). Una certeza repetida en distintos lugares, como también en el *Camino de Perfección*: "Son gran cosa letras para dar en todo luz" (C 5,2).

El que los confesores y directores espirituales fueran letrados -así los elegía para sí misma y para sus conventos-, era una garantía que libraba de deseos ilusorios y de sentimentalismos inconsistentes en la vida espiritual, haciendo que ésta pudiera tener incidencia real en cada actitud y en cada conducta. A la vez, esos hombres estudiosos casi siempre justificaban su estilo de relacionarse con Dios aportándole un aval frente a los postulados de determinados eclesiásticos, en un tiempo donde la cuestión acerca de quiénes tenían legitimidad para dirigir espíritus, centraba algunos de los debates sobre letrados y espirituales en el siglo XVI. ¿Mejor hombres de letras? ¿Mejor hombres y mujeres de experiencia orante, espirituales? El núcleo de este dilema lo constituía la práctica de la oración mental en unas décadas nada fáciles para una espiritualidad de cultivo interior, debido al temor que despertaba ser identificados con el movimiento alumbrado.

De hecho, a principios del siglo XVI habían aparecido en España grupos piadosos señalados con el nombre de alumbrados. Pertenecían a una corrien-

te espiritual defensora de una religiosidad personal, más subjetiva, defensora de la viabilidad de alcanzar la unión con Dios sin el requisito de efectuar rezos repetitivos o de asistir a ritos y ceremonias litúrgicas; esta unión podía realizarse sólo a través de la oración mental. Unas posturas que, por su semejanza con los planteamientos luteranos, fueron muy perseguidas<sup>39</sup>. A este movimiento pertenecían muchas mujeres que destacaban con especial protagonismo<sup>40</sup>. Vivían la fe distanciadas de oraciones uniformes que, en su opinión, no transformaban la vida, y cuidaban sobre todo la actitud del alma para recibir la iluminación del Espíritu Santo, a través del que confiaban establecer comunicación personal con la divinidad; creencias testificadas por algunas con el relato de sus visiones y experiencias místicas. Rehusaban cualquier otro tipo de mediación externa en la búsqueda de un encuentro con Dios, cualquier interferencia de autoridad eclesiástica en los discernimientos de la propia conciencia.

De estas mujeres inquietaba especialmente el ascendiente que tenían entre mucha gente -también a hombres- a la que aproximaban a sus mismas aspiraciones y doctrinas con argumentos sencillos y palabras alentadoras. En el año 1537 un clérigo se lamenta, escandalizado:

“¡Cuántos estragos se han sembrado en estos reinos con cartas secretas de Alemania. Cartas

---

<sup>39</sup> PASTORE, S. (2010)

<sup>40</sup> La cordobesa María de Cazalla fue especialmente activa dentro de uno de los grupos alumbrados. Se han publicado muchos trabajos sobre ella; señalo uno: CASTRO, Á. (2011)

secretas, beatos, beatas y alumbrados y otras personas de doctrinas nuevas! [...] Dios guarde a los suyos de hembra herética”<sup>41</sup>.

Una fusión doblemente irresistible, hembra y herética, ante las tentaciones dirigidas al cuerpo y al alma masculinas. No en vano avisaban a Teresa de Jesús de que tuviera cuidado para no ser denunciada por influencia alumbrada; nos lo cuenta en el *Libro de la Vida*: “Iban a mí con mucho miedo a decirme que andaban los tiempos recios y que podría ser me levantasen algo, y fuesen a los inquisidores” (V 33, 5). Ella presentaba diversos flancos débiles a criterio de los que se empeñaban en controlar la ordodoxia y la ortopraxia; sin embargo, supo encontrar alianzas que la libraron de un veredicto acusador.

Para los intelectuales, para los estudiosos, la oración mental requería letras, no podía generalizarse entre el pueblo cristiano. Fue ésta una de las razones que condujeron a la decisión de prohibir los libros espirituales escritos en lengua romance, más fáciles de consultar por quienes habían aprendido a leer. Desaparecida esta literatura asequible, sólo los instruidos en la lengua latina podrían acudir a obras que guiaban en el camino de la oración mental o que ayudaban a interpretar y a discernir lo que sucedía en esa práctica de recogimiento. Y las mujeres no sólo no sabían latín sino que, encima, se daba por cierto que el demonio tenía especial competencia en tentarlas con ilusiones y arrogancias.

En cambio, para los espirituales que defendían el cultivo de la vida interior, la oración mental era un

---

<sup>41</sup> ANDRÉS MARTÍN, M. (1989-1990) cf. p. 166.

acercamiento a la relación con Dios libre y abierto a sus inspiraciones, la que mejor favorecía el verdadero encuentro; de ahí que no se debiera limitar a nadie a sólo rezos vocales. Santa Teresa, desde una lúcida postura de llamada a la interioridad, defiende esta postura con el ardor de su experiencia y con los argumentos de autoridad de sus lecturas y maestros, lo que no la libró de sufrir soledad y hostigamiento por parte de muchos: “Sin tener persona con quien tratar, porque todos eran contra mí” (V 25,15). Pero ella se mantenía firme en su certeza contrastada:

“¡Oh Dios mío, quien tuviera entendimiento y letras y nuevas palabras para encarecer vuestras obras como lo entiende mi alma! [...] Levántense contra mí todos los letrados; persíganme todas las cosas creadas, atorméntenme los demonios, no me faltéis Vos, Señor” (V, 25,17).

Se dolía, una vez más, de la falta de letras para poder explicar, con razonamientos que convencieran a los celosos guardianes de las normas, lo que “entiende mi alma”. Complicada tarea en la que terminó venciendo.

## 7. MAESTRA DE UNA SENDA EXPERIMENTADA Y CONTRASTADA

En el magisterio de Teresa de Ávila encontramos una espontánea pericia para acompañar hacia ese lugar habitado que cada persona debía descubrir dentro de sí misma; la única senda merecedora de diligencia, la que va despertando la amistad con un Dios que, en la relación con Él, transforma la vida.

Esta carmelita explicó en sus obras un saber destilado en la experiencia con tanta lucidez y precisión que ha merecido ser colocada entre los representantes más inteligentes de la ciencia del espíritu. Maestra de oración, guía de caminos espirituales, experta gestora de asuntos divinos y humanos, referencia de mujer libre, modelo de prosa castellana, escritora con un merecido puesto entre los autores clásicos, son dimensiones del magisterio que lleva ejerciendo durante casi cinco siglos.

El nombramiento como Doctora de la Iglesia católica en 1970 fue tardío respecto de la consideración de Maestra, de Doctora que, *avant la lettre*, la iconografía llevaba siglos proclamando al representarla con el “bonete de doctora que aparece, bien sobre su cabeza, bien sobre la mesa o junto a sus pies”<sup>42</sup>. Porque se conocían sobradamente todos los escrutinios a que había sido sometida su doctrina y consejos antes y después de su muerte:

“Será bueno decir cuán esmerada y aprobada fue ella para maestra por los más doctos espirituales hombres que entonces había en España, para que de esa manera dé a sus avisos y preceptos el crédito y autoridad que es razón, pues ningún maestro ni docto doctor en Teología ha sido de más, y con más rigor, examinado en Salamanca; ni en Alcalá; ni en París”<sup>43</sup>.

Conviene añadir, por otra parte, en el marco de estas líneas sobre el magisterio teresiano, que era naturalmente perfeccionista, poniendo muy alto el

---

<sup>42</sup> PINILLA MARTÍN, M<sup>a</sup> J. (2013) p. 644.

<sup>43</sup> RIBERA, F. de (1590) p. 368.

nivel en cualquiera de sus iniciativas, o a cualquiera que solicitase su consejo, especialmente en temas espirituales; hasta tener que disculparse por lo exigente que se mostraba. A un amigo se ve movida a decirle: “Has de perdonarme, con aquellos a los que quiero soy insoportable, de tanta angustia que tengo porque sean perfectos en todo”<sup>44</sup>. Lo reconocía ante un clérigo, pero explicándole donde ponía el límite de esa exigencia: “Entienda, mi padre, que yo soy amiga de apretar mucho en las virtudes, más no en el rigor” (Cta 156,10)<sup>45</sup>. Sabía mostrarse “firme, exigente, incluso severa”<sup>46</sup> en las cuestiones de orientación de almas y en las de gobierno de asuntos tanto espirituales como temporales, pero sin que las formas enmascararan la auténtica finalidad. Una característica de su actuar como maestra de vida, pero no la única.

Le preocupaba a Teresa de Jesús difundir los mensajes de manera atrayente tanto como comprensible, aludiendo a esta intención en distintos momentos; buscaba ser clara y convincente para quienes la leían. La maestría con que compone e hilvana los relatos, el vocabulario de uso cotidiano que emplea y las imágenes con que los ilustra, son capitales para la recepción de lo que estaba queriendo compartir. Una sencillez que no significaba carencia de términos para expresarse con mayor erudición, sino la consecuencia de un estilo didáctico que la pedagogía humanista estaba difundiendo en los tratados

---

<sup>44</sup> O'BRIEN, K. (2014) cf. p. 87.

<sup>45</sup> Carta al Padre Ambrosio Mariano de San Benito. Madrid.

<sup>46</sup> AUCLAIR, M. (2001<sup>13</sup>) p. 241.

sobre educación; propuestas de un cambio de metodología en la enseñanza, con el afán de alejarla de los cánones escolásticos medievales más atentos a las sutilezas dialécticas que a los problemas fundamentales. La didáctica teresiana, en parte aprendida en la lectura de los libros que mayor bien le habían producido, y en parte en la costumbre del trato con las personas, desplaza la formalidad del texto para convertirlo en mediación de algo más importante: suscitar vivencias que desencadenen una toma de conciencia personal. Parte de un hecho real entendido en las categorías que encierra y las ordena buscando que pueda aprovecharse toda su potencialidad. A este respecto señala Víctor García de la Concha que

“en vez de ceñirse al sistema de principios para desde ellos descender a la vida, Teresa de Jesús entra de lleno en el camino de la modernidad renacentista; parte de un hecho experimentado por ella y se esfuerza en comprenderlo y categorizarlo”<sup>47</sup>.

De esta fundadora carmelita, que afirmaba tener como maestros a los que poco a poco se iban convirtiendo en sus discípulos -*Santa Teresa Maestra de doctores* es el argumento de dos pinturas del siglo XVIII en las que aparece hablando desde un púlpito a dignidades eclesiásticas y representantes de órdenes religiosas que la escuchan entre sorprendidos y admirados<sup>48</sup>-, aludiré brevemente a cómo ex-

---

<sup>47</sup> GARCÍA DE LA CONCHA, V. (2015) p. 10.

<sup>48</sup> Pueden contemplarse estos cuadros, uno en la Iglesia parroquial de Pastrana, Guadalajara, y otro en la Biblioteca Nacional de Madrid. PINILLA MARTÍN, M<sup>a</sup> J. (2013) p. 646.

plica la secuencia de los distintos grados en el conocimiento -medida de su estado y claridad- de lo que sucede en nuestro interior. Una cita bien conocida describe este proceso:

“Una merced es dar el Señor la merced, y otra es entender qué merced es y qué gracia, otra es saber decirla y dar a entender cómo es” (V 17,5).

Advierte de la distancia que existe entre realidad, conciencia y lenguaje; trayectos que Teresa pretende atenuar con pasos que siempre se han considerado imprescindibles en educación para calificar como adquirido un determinado aprendizaje: recibir enseñanza sobre un tema, entender lo que se ha transmitido y saber expresarlo de forma que sea comprendido por otras personas.

Ella había experimentado la complejidad de este itinerario de aprendizaje; sentimiento que le permite ilustrarlo refiriéndose a sí misma:

“Entonces no me sabía entender como ahora para saberlo explicar; después me lo ha dado Dios para que sepa entender y decir las mercedes que su Majestad me hace” (V 30,4).

Porque para aprender, no es suficiente que alguien me enseñe; ni el captar lo que me han comunicado. La prueba fidedigna aparece cuando podemos explicitar los conocimientos nuevos y ser entendidos por quienes escuchan, leen o miran. Se esforzaba, primero para descifrar bien ella misma el sentido de lo que quería decir y segundo, para contarlos de modo que se percibiera exactamente, adaptándose a los letrados o a sus monjas, a las que les comenta:

“Quizá lo entenderéis mejor por mi grosero estilo que por otros elegantes” (C 16,9). Se preocupaba de la recepción de lo que decía. Confiesa en la *Vida*: “Querría saber declarar” (V 20,1), insistiendo de nuevo en lo mismo: “Yo quisiera harto dar a entender” (V 20,8). Y en otro momento en *Moradas*: “Deseando estoy acertar a poner una comparación para si pudiese dar a entender algo de esto que voy diciendo” (M6 4,8).

Fray Luis de León es uno de los sorprendidos por la buena pluma de Teresa de Jesús para poner palabras certeras, estimulantes, al misterio de relación con lo divino. Lo manifestó destacando “la luz que pone en las cosas oscuras y el fuego que enciende con sus palabras en el corazón que las lee”<sup>49</sup>. Y Teresa no tenía fácil provocar reacciones de asentimiento tan generales, pues en su ánimo estaba que la leyesen tanto sus directores espirituales, como las monjas de sus Conventos, una buena parte con poca formación. Sin embargo, a muchos de los letrados destinatarios de sus confidencias consiguió persuadirlos y, en cuanto a las carmelitas, acertó a establecer un vínculo de confianza en la relación de enseñanza-aprendizaje, que convertía sus propuestas en más convincentes que las de los doctos confesores<sup>50</sup>. Para ellas, presentando esas recomendaciones con excelente respeto a una condición humana libre,

---

<sup>49</sup> Fray Luis de León se encargó de publicar la edición príncipe de sus obras: *Obras de la Madre Teresa de Jesús, fundadora de los monasterios de monjas y frailes carmelitas descalzos de la primera regla*. Salamanca, Guillermo Foquel, 1588. LEÓN, F. L. de (2007) p. 43.

<sup>50</sup> SARTORI, D. (1996) p. 48.

pues les pedía no someter su voluntad a lo que les recomendaba, sino al objetivo que se habían puesto como horizonte: entrar en el misterio de Dios, en una relación personal, directa, y autónoma con Él.

Las monjas de sus conventos presenciaron sobradas evidencias de la inteligencia y de la espiritualidad de la madre Teresa de Jesús; tuvieron constantes oportunidades de comprobar su agudeza en las tareas de gobierno, su empatía en el trato con cada una de ellas, los análisis certeros de los acontecimientos que las rodeaban. Unido, además, al encanto personal que desprendía y al espontáneo sentido del humor que desplegaba en múltiples ocasiones. Supo crear un ambiente de relaciones femeninas privilegiadas, en las que sus orientaciones contaban siempre con un plus: el que Teresa podía ofrecerse a sí misma como ejemplo de lo que aconsejaba, como guía y mediadora<sup>51</sup> en procesos de crecimiento hacia el ideal pretendido. Se sentía legitimada para enseñar como maestra, para exponerse como testimonio fiable de las señales de lo divino en lo humano, y para tantas otras audacias que se juzgaban extemporáneas, fuera de su tiempo, al ser protagonizadas por una mujer y por una monja.

Es indudable que generó un tipo de vínculo de confianza y de reconocimiento de autoridad entre mujeres, significativamente distanciado de los usos recibidos; por eso a Jerónimo Gracián, el que le encomendó escribir *Moradas*, no le costó convencerla de que: “Mejor se entienden el lenguaje unas mujeres con otras” (M pról., 4). Apoyada en este estilo de

---

<sup>51</sup> *Ibidem*

diálogos, le resultó sencillo generar circuitos de valoración y de influencia femeninas<sup>52</sup> dentro de los conventos fundados, y fuera de ellos, con otras mujeres.

### 8. LA VIDA QUE ESTÁ EN MÍ

La mejor síntesis de la resonancia y eficacia alcanzada por las letras, la experiencia y el magisterio de Teresa de Jesús, es la que induce a formular declaraciones como la del célebre guitarrista español Narciso Yepes (Lorca, 1927-Murcia, 1997), con la cual me gusta terminar estas páginas. Es un testimonio sobre su admiración bienhechora a la santa carmelita que impregnaba todo su vivir:

“Yo, viajero del siglo XX, llevo conmigo los escritos de Santa Teresa de Ávila y mi guitarra. En las salas de espera de los aeropuertos o en los aviones, sobrevolando mar o tierra, sus palabras me alientan y me acercan a la realidad del Creador. Encuentro que Santa Teresa es más actual que muchos contemporáneos nuestros. Despierta en mí la necesidad de ser consciente de la Vida que está en mí”<sup>53</sup>.

Para mujeres y para hombres con ánimo de recorrer la geografía del planeta o la de su propio interior, los doctos escritos teresianos, en las mil situaciones que se nos van presentando, alientan, confortan, revelan al Dios que nos habita. En definitiva, nos hace conscientes de quiénes somos, de dónde

---

<sup>52</sup> Ídem, p. 49.

<sup>53</sup> BENGOCHEA, I. (1982) p. 152.

estamos, de qué buscamos. Grandes asuntos incomprendiblemente bastante olvidados en la actualidad, cuando disponemos de muchos libros para ilustrarnos, hemos adquirido más letras y no nos faltan referencias de magisterio.

Pero si bien nos separan de Santa Teresa de Jesús casi cinco siglos, su saber y sus palabras nos ayudan a experimentar que no es insalvable esta distancia cronológica. Percibimos a nuestro alcance unas huellas nítidas, imborrables, que lejos de desdibujarse con el transcurso del tiempo, se tornan cada vez más visibles, son más rastreadas y seguidas por personas que la admiran como mujer, como mística, como maestra, como escritora o como fundadora. Distintas perspectivas desde las que mirarla y desde la que dejarse enseñar por ella; caminos diferentes que, en cualquiera de los casos y gracias a la lectura de sus obras, nos llevan a reconocernos en algunas de sus páginas, nos implican emocional e intelectualmente, comprobamos que nos dirigen a lo que colmaba y estremecía su corazón, el Dios de la vida.

## BIBLIOGRAFÍA

- ANDRÉS MARTÍN, Melquíades. *“En torno al estatuto de la mujer en España en la crisis religiosa del Renacimiento: observantes, beatas, alumbradas”*. *Norba. Revista de Historia*, 10 (1989-1990), pp. 155-172.
- AUCLAIR, Marcelle. *La vida de Santa Teresa de Jesús*. Madrid, Eds. Palabra: 2001.
- AZCÁRATE RISTORI, Isabel de: *“La mujer en los Coloquios de Erasmo de Rotterdam”*. *Anales de la Universidad de Cádiz*, 2 (1985), pp. 279-293.

- AZORÍN. "Maribobales". *ABC*, 26, 8568 (12 de junio de 1930), pp. 4-6.
- BATAILLON, Marcel. "Santa Teresa, lectora de libros de caballerías", en *Varia lección de clásicos españoles*, Madrid, Gredos: (1964), pp. 21-23.
- BENGOECHEA, Ismael. *Las gentes y Teresa*. Madrid, Editorial de Espiritualidad: 1982.
- BETETA MARTÍN, Yolanda. "De las lecturas piadosas a los libros de caballerías. La falacia de la trasgresión literaria y su influencia en la construcción de la subjetividad femenina", en SEGURA GRAÍÑO, Cristina (coord.). *La querrela de las mujeres. XII. Las mujeres sabias se querellan*, Madrid, Almudayna: 2011, pp. 45-86.
- BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES. "Informaciones y cartas de varios personajes célebres acerca de las virtudes y escritos de Santa Teresa, en el expediente de su beatificación", en *Escritos de Santa Teresa*, Tomo 2º, Madrid, M. Rivadeneyra: 1862, pp. 375-433.
- CASTRO, Álvaro. *Las noches oscuras de María de Cazalla*. Madrid, Ed. La linterna sorda: 2011.
- ERASMO DE ROTTERDAM. *Coloquios familiares (1517-1530)*. Barcelona, Anthropos: 2005.
- GARCÍA DE LA CONCHA, Víctor. *El arte literario de Santa Teresa*. Barcelona, Ariel: 1978.
- "Teresa de Jesús", en VV.AA.: *Teresa de Jesús. La prueba de mi verdad*, Madrid, Biblioteca Nacional de España: 2015, pp. 3-25.
- GUEVARA, Antonio de. *Epístolas familiares y escogidas, (1539-1542)*, Madrid, Biblioteca clásica Española: 1972.

- LEÓN, Fray Luis de. "Carta-Prólogo a la edición príncipe", en *Libro de la Vida*. Madrid, Algaba Edics: 2007, pp. 39-50.
- ESTEBAN MATEO, León. *Hombre-mujer en Vives. Itinerario para la reflexión*. Valencia, Ayuntamiento de Valencia: 1994, 183 pp.
- LUCÍA MEGÍAS, José Manuel. "Amadís de Gaula: un héroe para el siglo XXI". *Tirant*, 11 (2008), pp. 99-118.
- MAIO, Romeo de. *Mujer y Renacimiento*. Madrid, Mondadori: 1988.
- MARTÍNEZ-GÓNGORA, Mar. *Discursos sobre la mujer en el humanismo renacentista español. Los casos de Antonio de Guevara, Alfonso y Juan Valdez y Luis de León*, York, South Carolina, Spanish Literature Publs.: 1999.
- O'BRIEN, Kate. *Teresa de Ávila*. Madrid, Vaso Roto Edics.: 2014.
- PASTORE, Stefania. *Una herejía española: conversos, alumbrados e Inquisición (1449-1559)*. Madrid, Marcial Pons: 2010.
- PÉREZ, Joseph. *Teresa de Ávila y la España de su tiempo*. Madrid, Algaba Edics.: 2007.
- PINILLA MARTÍN, María José. *Iconografía de Santa Teresa de Jesús*. Tesis Doctoral, Universidad de Valladolid: 2013. Consultada el 5 de mayo de 2015 en <http://uvadoc.uva.es/handle/10324/4249>.
- PORRO HERRERA, M<sup>a</sup> Josefa. *Mujer "sujeto"/Mujer "objeto" en la literatura española del siglo de oro*, Málaga, Universidad de Málaga: 1995.
- POVEDA CASTROVERDE, Pedro. "Espíritu de Teresa de Jesús" 1929, en Ídem. *Obras I. Creí por esto hablé*. Madrid, Narcea: 2005, pp. 839-842.

- RIBERA, Francisco de. *La vida de la Madre Teresa de Jesús*. Salamanca, Pedro Lasso: 1590.
- RODRÍGUEZ MONTALVO, Garci. *Amadís de Gaula*. Barcelona, Espasa: 2015.
- RODRÍGUEZ SAN PEDRO BEZARES, Luis Enrique. “*Libros y lecturas para el hogar de don Alonso Sánchez de Cepeda*”, en *Salmanticensis*, 34, 2 (1987), pp. 169-188.
- SARTORI, Diana. “Por qué Teresa”, en *DIOTIMA: Traer el mundo al mundo*, Barcelona, Icaria: 1996, pp. 41-78.
- SEGOVIA MORÓN, Josefa. “*El estudio*”, en *Cartas*, Madrid, Iter Ediciones: 1970, pp. 272-299.
- SEGURA GRAÍÑO, Cristina. “*La educación de las mujeres en el tránsito de la Edad Media a la modernidad*”. *Historia de la Educación: Revista interuniversitaria*, 26 (2007), pp. 65-83.
- SEGURA GRAÍÑO, Cristina. “*Beatriz Galindo. Ejemplo de humanista laica*”. *Miscelánea Comillas: Revista de Ciencias Humanas y Sociales*, 69, 134 (2011), pp. 293-304.
- SOMOVILLA, Claudia Gabriela: “*Una aproximación al rol de la mujer a mediados del siglo XVI español, a través de las Epístolas Familiares de Fray Antonio de Guevara*”. *Rev. Persona*, 18 (junio 2003). Consultado el 12 de mayo de 2015 en <http://www.revistapersona.com.ar/Persona18/18Persona.htm>.
- TERESA DE JESÚS. *CONSTITUCIONES que la Madre Teresa de Jesús dio a las Carmelitas Descalzas*: 1563. *Obras Completas*. Madrid, Editorial de Espiritualidad: 1984.

- VIGIL, Mariló. *La vida de las mujeres en los siglos XVI y XVII*. Madrid, Siglo XXI: 1986.
- VIVES, Juan Luis. *La instrucción de la mujer cristiana. Libro segundo: Las Casadas*. Valencia, Ayuntamiento de Valencia: 1994.
- WEBER, Alison. *Teresa of Avila and the Rhetoric of Feminity*, Princeton Univ. Press: 1990.
- YEPES, Fray Diego de. "Vida de Santa Teresa", en *Tesoro de escritores místicos españoles*, París, Baudry Libr. Europea: 1847, Tomo 1, libro 2º, cap. 20.